

DOMINGO 19° ORDINARIO

11 de agosto de 2024 – Ciclo B

El pasaje evangélico de hoy continúa la enseñanza de Jesús sobre el pan de vida. Hagamos un poco de memoria. Una multitud de personas se ha reunido para escuchar la enseñanza de Jesús en un lugar solitario. Jesús se ha compadecido de ellos y a partir de cinco panes y dos pescados ha dado de comer a la multitud y aun ha sobrado comida. El exceso es expresión de la abundancia de la vida que él ha venido a dar al mundo. Al día siguiente, en otro lugar, Jesús se encuentra con algunos de los que se beneficiaron de la comida abundante y gratuita quienes lo buscan. Jesús les advierte que su búsqueda no se realiza en la verdad. La gente ha visto el portento de la multiplicación de los panes y los peces y no se ha cuestionado acerca del significado del milagro; solo ha visto que tuvieron una comida gratis y esperan que Jesús les dé otra. Entonces Jesús les dice que lo deben buscar por razones que correspondan a la misión por la que ha venido a la tierra. Si él ha venido para dar vida eterna, no lo deben buscar por un alimento que solo sustenta esta vida temporal. Deben buscarlo para creer en él y alcanzar vida que dura para siempre.

El evangelista llama a estos interlocutores de Jesús con el nombre de *judíos*. El evangelista utiliza ese nombre para designar a los que se resisten a creer en Jesús; no para designar una nacionalidad o una religión. Aquí comienza el pasaje evangélico de hoy. A *los judíos* les parece que la pretensión de Jesús de ser *el pan vivo que ha bajado del cielo* desborda toda realidad y toda imaginación. ¿Cómo puede ser Jesús el pan vivo que ha bajado del cielo, si ellos conocen a sus padres y parientes por su nombre y saben dónde viven? ¿No es este Jesús el hijo de José? ¿Acaso no conocemos a su padre y a su madre? ¿Cómo nos dice ahora que ha bajado del cielo? La dificultad es válida, es seria, y todavía existe hoy, de una nueva manera. ¿En qué consiste la dificultad? Para *los judíos* la dificultad consiste en que la humanidad patente, visible y evidente de Jesús les impide pensar que él pueda tener también una dimensión divina latente, invisible y oculta. Les resultaba increíble que Dios pudiera existir en forma humana. Si es humano, no puede ser Dios ni venir del cielo; si es Dios y viene del cielo, no puede ser humano.

Nuestra dificultad hoy es otra. Para muchos Dios no existe. Por lo tanto, la pretensión de Jesús de ser el pan que ha bajado del cielo es puro mito, es un modo de hablar ficticio. Jesús ni viene de Dios, porque no hay; ni da vida eterna, porque no hay más vida que esta de ahora. Esa es la dificultad de algunos hoy. Otros plantean la misma dificultad de otra manera. Lo importante es la vida de ahora, dicen. Si hay vida eterna, lo veremos a su tiempo; si hay Dios, no vemos que dé señales de estar vivo. Las personas que piensan así valoran a Jesús por su enseñanza moral, su mandamiento de amar al prójimo, por su acogida a los pecadores y alejados. Esta manera de pensar, por supuesto, recorta la figura de Jesús para ser un mero maestro de moral. Es verdad que Jesús es un maestro de moral, pero en vistas de la eternidad, es un maestro de moral para guiar nuestra libertad hacia Dios. La vida presente es importante porque es el tiempo en que peregrinamos hacia la

eternidad. Todo compromiso ético para mejorar las condiciones de vida en el presente es un esfuerzo valioso. Pero al fin de cuentas, nuestra vida tiene sentido y alcanza plenitud solo de cara a la eternidad. Finalmente, puede ocurrir que incluso algunos que se llaman católicos y vienen a misa los domingos, y dicen que creen en Jesús, realmente creen en él mientras no estorbe. Digo esto para que cada uno se examine ante Dios. Son personas que quieren que Jesús y el evangelio y la enseñanza de la Iglesia se vayan acomodando a las costumbres del mundo, aunque sean prácticas que son contrarias a la voluntad de Dios y al propósito de la misión de Jesús. Son personas que creen en Dios y en Jesucristo recortados a su medida y conveniencia. Estas personas dicen creer, pero no del todo. Son personas que en el fondo consideran que Jesús es manipulable a conveniencia; no creen que haya una realidad divina, exigente, que no se acomoda a gustos, tendencias y usos de este mundo. *¿No es este Jesús el hijo de José? ¿Cómo nos dice ahora que ha bajado del cielo?*

Jesús no se sorprende del rechazo que sufre. Simplemente advierte y amonesta: *No murmuren*. “Murmurar” en la Sagrada Escritura significa desconfiar de Dios, resistirse a Dios, es hablar mal de Dios, de su providencia; querer acomodar a Dios a las dimensiones en que puede ser manipulado y puesto al servicio de los propios intereses. La resistencia para reconocer que Jesús es el pan vivo enviado por Dios desde el cielo es “murmuración”. Y Jesús dice unas palabras oscuras acerca del inicio de la fe: *Nadie puede venir a mí, si no lo atrae el Padre, que me ha enviado; y a ese yo lo resucitaré el último día*. Digo que estas son palabras oscuras, porque pareciera que la fe ya no depende de la voluntad del que quiere creer, sino de una atracción que el Padre ejerce sobre el creyente. Jesús confirma esa sentencia con esta otra: *Todo aquel que escucha al Padre y aprende de él, se acerca a mí*. Si la fe depende de esa atracción que ejerce el Padre, ¿es uno responsable de creer o no? ¿Y cómo hace uno para escuchar al Padre y dejarse atraer por él?

Me parece que Jesús quiere enseñar que la fe en él, y en definitiva la fe en Dios, no es un acto puramente humano, aunque es una decisión de la voluntad de cada persona. Pero la fe exige una cierta decisión previa de apertura a esa dimensión de la realidad invisible, latente, oculta donde actúa Dios. Los *judíos* que se resisten a creer en Jesús se mantienen en el ámbito de los datos históricos: este hombre se crio aquí, conocemos a sus padres y parientes. Y no se abren al ámbito trascendente donde actúa y habita Dios y de donde viene el Hijo de Dios hecho hombre. Esto ocurrió entonces y ocurre todavía hoy. Hay quienes se encierran en el horizonte de este mundo e ignoran que pueda existir una realidad que trasciende las realidades de este mundo. Pero quien se abre a esa dimensión de la trascendencia, podrá creer en Jesús. Esa persona participará ya desde ahora y para siempre en la vida eterna que ofrece Jesús. *El que cree en mí tiene vida eterna. Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre*. No nos dejemos atrapar por este mundo como lo único verdadero. No pensemos que las únicas necesidades reales son las que se refieren al cuerpo; también es necesidad de esta vida temporal la apertura a la eternidad, la apertura a Dios, pues de allí viene el sentido del tiempo y de la vida.